

La ciudad de los niños

¿Por qué necesitamos de los niños para salvar las ciudades?

Francesco Tonucci



DESCRIPTORES
 URBANISMO
 CIUDAD
 NIÑOS
 AUTONOMÍA
 PARTICIPACIÓN
 SEGURIDAD
 AUTOMÓVIL
 ESPACIO PÚBLICO

Queremos que esta ciudad nos deje salir solos

“Hace aproximadamente una generación, en un número de “Survey Graphic” (mayo de 1925), el Dr. Joseph K. Hart señalaba que la planificación urbana estaba esencialmente concebida teniendo en cuenta una única fase de la vida de las personas, la de los adultos sin responsabilidades familiares. Con ello daba sentido al antiguo dicho que afirma que los habituales de los bulevares jamás envejecen, es decir, que el bulevar, precisamente por su función y su configuración, siempre atrae al mismo grupo de edad movido por los mismos intereses y que persigue los mismos objetivos. A pesar de esa advertencia, ni el urbanista de ayer ni el de hoy han conseguido todavía llevar hasta las últimas consecuencias el que es, en esencia, su cometido: proporcionar a las personas un ambiente adecuado para todas las fases de su vida, desde la infancia hasta la vejez. La actividad urbanística desarrollada hasta la actualidad se ha concentrado casi exclusivamente en torno a la vida de los adultos y, más concretamente, en torno a determinados aspectos puntuales relacionados con la vida de los adultos, como el comercio, la industria, la administración, la circulación y los transportes”¹

Esta reflexión de Lewis Mumford aparecía en el primer número de la revista “Urbanística”, dirigida por Bruno Zevi, allá por el año 1945. No deja de ser sorprendente que después de la Segunda Guerra Mundial, en medio de las apremiantes necesidades de la más inmediata posguerra, un reconocido crítico e historiador de las ciudades denunciara principalmente el hecho de que hubieran olvidado a los niños.

El desarrollo de las ciudades: la pérdida de una identidad

La ciudad moderna nació rompiendo el esquema medieval que separaba el castillo del burgo y creaba entre ambos una relación jerárquica de distinción y de poder. Su distribución se estructuró alrededor de una plaza, un espacio del que participaban todos los ciudadanos incluso en una situación de diversidad de clases y condiciones. Así, aún hoy encontramos a menudo reunidos en estas plazas los edificios de las instituciones que detentaban el poder: el municipal (ayuntamiento), el religioso (catedral) y el militar o policial (cuartel); e incluso el poder económico, ya que es allí donde se celebraba el mercado. La ciudad se convirtió en un lugar de encuentro y de intercambio y el espacio urbano era compartido por todo el mundo, sin barrios segregados según las clases sociales, de forma que en sus calles se levantaban los palacios de los nobles, a menudo obra de grandes arquitectos, al lado de las humildes casas de los artesanos. Esta alternancia fue construyendo un ritmo urbanístico que ha convertido nuestras hermosas ciudades europeas en lo que son.

No obstante, a lo largo de los últimos cincuenta años, después de la Segunda Guerra Mundial, parece que la ciudad haya vuelto al modelo medieval, un modelo en el que el centro histórico se va quedando vacío de habitantes y se convierte en la sede de actividades comerciales y terciarias, y en el que aparece un nuevo burgo o suburbio mucho más desolado y extremo que el de antes, la periferia pobre y a veces miserable de casas anónimas o incluso de barracas, que depende de la ciudad rica para su supervivencia. En esta si-



Fig. 1. "Peligro: niños". Así es como llaman a esta señal de tráfico en los libros de texto para el examen del carné de conducir. En la ciudad moderna, los niños se han convertido en un peligro y, por este motivo, se les mantiene en lugares aparte: en el corralito o parque, en su habitación, en los jardines con columpios, en las ludotecas, etc.

tuación, el centro rico es defendido por la policía, por las videocámaras de vigilancia y por las incontables empresas de seguridad privada.

La ciudad ya ha renunciado a ser lugar de encuentro y de intercambio y ha tomado como nuevos criterios de desarrollo la *segregación* y la *especialización*. Imperan la segregación y la especialización de los espacios y de las competencias, es decir, espacios diferentes para personas diferentes y para funciones diferentes; el centro histórico para los bancos, los comercios de lujo y el ocio en general, y la periferia, para dormir. A partir de ahí, se han ido estructurando otros espacios, por ejemplo, para los niños: la guardería, el parque, la ludoteca, etc.; para los ancianos: residencias, centros de día, etc.; para la ciencia y el saber: desde la escuela hasta la universidad; para la adquisición de bienes: el supermercado, el centro comercial, etc.; y, cómo no, un espacio para los enfermos: el hospital?

Años atrás, a los niños les parecía que nunca llegaba la hora de salir, puesto que lo más interesante estaba fuera. La casa era el ámbito de la seguridad, de las necesidades esenciales, de los deberes..., pero había que salir para encontrarse con los amigos, para jugar, para ir al cine o a la biblioteca. Y si había peligros –que los había–, había que ir con cuidado, tal como nos decían nuestros padres.

Hoy, en cambio, lo que más esperan los niños es el momento de llegar a casa, porque el hogar es el lugar del descanso, de la cultura, de lo afectivo, de la comunicación... En casa tenemos comida congelada que se conserva durante meses, tenemos la biblioteca, nuestra selección de discos, las películas que más nos gustan y la posibilidad de hablar por telé-

fono o de enviar mensajes y fotos a través de Internet o del móvil. La casa acoge la ciudad entera en un único espacio. Ha dejado de ser una parte de un complejo ecosistema y muestra una clara tendencia a convertirse en un espacio *autosuficiente*, otra característica destacada e inquietante de la ciudad moderna.

Esta tendencia es constante en la ciudad de hoy, en coherencia con la lógica de la segregación y la especialización que genera servicios y estructuras cada vez más independientes y autosuficientes aplicables al hospital, al estadio, a los grandes museos, al campus universitario y a la propia casa.

Todo ello se ha producido en un período muy breve. En los últimos sesenta años, las ciudades han duplicado o triplicado el número de habitantes, de modo que se han modificado profundamente sus características. La ciudad, es decir, su administración, ha tomado como modelo de ciudadano a un hombre adulto y en edad de trabajar (tal como denunciaba Mumford), ha adecuado sus características a las necesidades de ese ciudadano y ha intentado corresponder a sus exigencias para ganarse su favor electoral. Tal vez se pensaba que al satisfacer las necesidades del cabeza de familia, automáticamente se conseguía lo mismo con las de sus hijos, su mujer y sus padres. Sin embargo, no es así. Las mujeres han sido las primeras en denunciar este error de principio y han reivindicado horarios y servicios adaptados a sus necesidades. Efectivamente, la ciudad ha olvidado a quienes no son varones ni adultos ni están en edad de trabajar, pero si sumamos estas tres categorías, caeremos en la cuenta de que juntas constituyen la mayor parte de la ciudadanía, lo que significa que la ciudad se ha transformado en beneficio de una minoría.



Sin tener que entrar en un análisis a fondo de estas transformaciones, existe un hecho muy indicativo de esta situación: basta con observar el espacio destinado en la ciudad al automóvil, sin duda el juguete preferido de nuestro ciudadano privilegiado. El automóvil ha convertido las calles en lugares peligrosos, llenos de barreras insalvables para los ciudadanos más pequeños y los más débiles, y ha ocupado los espacios públicos privatizándolos y eliminando cualquier posibilidad de uso para quienes se desplazan a pie o en bicicleta. Además, contamina el aire que respiramos y provoca graves problemas para la salud de los ciudadanos y para la supervivencia de los monumentos, crea un ruido de fondo constante y exige la presencia de servicios de suministro de carburante y de señalizaciones viarias que afean los cascos históricos de nuestras ciudades. Los coches se han quedado con el "nivel cero" de circulación y son los peatones quienes deben descender de la acera, sumergirse en pasos subterráneos o encaramarse a pasos elevados para cruzar las calles. Es decir, quienes tienen que recorrer el camino más largo y difícil son precisamente los peatones, que a menudo son los más pequeños y los más mayores, los que tienen dificultades de des-



Fig. 2. La estética de los automóviles. El automóvil nos obliga a contaminar visualmente nuestros hermosos cascos antiguos con estaciones de servicio, señales de tráfico y vallas publicitarias que impiden ver en condiciones los edificios y los monumentos artísticos. Hacer una fotografía de un motivo cualquiera en una ciudad sin tener que incluir una señal de tráfico se ha convertido en algo prácticamente imposible. Ya nos parece normal y, precisamente por ello, es muy grave.

plazamiento o van con las bolsas de la compra a cuestas o un pequeño en brazos o en el cochecito. En cambio, los automóviles, que además funcionan con un motor, tienen reservado el camino llano. En las ciudades, son los coches los que imponen su lógica, además de su estética y su "música".

¿Qué precio tienen que pagar los niños por vivir en estas ciudades?

En estas ciudades, los niños viven mal. No pueden vivir ninguna de las experiencias fundamentales para su desarrollo, como por ejemplo la aventura, la investigación, el descubrimiento, la sorpresa, el riesgo o la superación de un obstáculo y, como consecuencia de todo ello, la satisfacción y la emoción. No pueden jugar. Todas estas experiencias requieren dos condiciones fundamentales que han desaparecido: el tiempo libre y un espacio público compartido. Hoy día, para un niño que vive en la ciudad resulta difícil salir de casa solo, buscarse compañeros e ir a un lugar adecuado para jugar con ellos. Las dificultades ambientales, reales o supuestas, han convencido a los padres de que esta ciudad no permite que un niño de entre seis y diez años pueda salir solo de casa, de forma que su tiempo libre se ha transformado en tiempo organizado y dedicado a actividades varias, en casa o fuera de ella, rigurosamente programadas y normalmente de pago. Por un lado tenemos la televisión, la *play station* e Internet, y por el otro, toda una serie de cursos y actividades extraescolares deportivas, artísticas o de idiomas. ¿Y para jugar? Para jugar, los padres acompañan al niño al parque con columpios más cercano o lo llevan a casa de los amigos cuando no son los amigos quienes vienen. Lo esperan y lo vigilan mientras juega. Pero para jugar, el niño necesita un espacio público y compartido, adecuado a las exigencias de las diferentes categorías sociales, un espacio que crezca y que cambie a medida que crezcan y evolucionen sus posibilidades de acción y su curiosidad. El espacio de las experiencias y del juego será inicialmente su casa, luego las escaleras y el patio de vecinos, después la acera inmediata y la plaza o los jardines del barrio, más adelante las calles, los parques y las plazas de su ciudad. Para jugar y para crecer, un niño necesita su ciudad, toda su ciudad.

Hoy, en cambio, la ciudad se ha olvidado de los niños, que han quedado relegados a espacios especialmente pensados para ellos, desde su habitación hasta el parque con columpios o la ludoteca.

Hay que empezar por los niños

Tanto los niños como los adultos hacen un diagnóstico muy parecido de la realidad. Unos y otros se dan cuenta de que la ciudad es peligrosa, hay demasiados automóviles que no respetan a los peatones, las aceras están sucias, en malas condiciones y llenas de obstáculos, los pasos cebra no son seguros y hay malas personas en las calles. En cambio, las consecuencias para unos y otros son muy distintas.

Los adultos dicen: "Puesto que éstas son las condiciones de la ciudad, te quedas en casa, y si tienes que salir te acompaño, probablemente en coche, y te espero".

Por su parte, los niños dicen: “Éstas son las condiciones de la ciudad, pero *hay que cambiarlas*”.

Los adultos están resignados y consideran que las características de la ciudad son algo objetivo e inmutable. En cambio, los niños son implacables; no están dispuestos a renunciar a su libertad porque la necesitan para crecer. Por otra parte, los niños, ya desde pequeños, son capaces de interpretar las propias necesidades y de contribuir a cambiar su ciudad. Por lo tanto, vale la pena darles la palabra, invitarles a participar, porque tal vez en su nombre y para su bienestar sea posible pedir a los ciudadanos adultos aquellos cambios que difícilmente estarían dispuestos a aceptar y a promover por sí mismos, a pesar de ver su necesidad y su urgencia.

El proyecto “La ciudad de los niños”

Desde 1991, el proyecto internacional “La ciudad de los niños”, promovido por el Istituto di Scienze e Tecnologie della Cognizione (ISTC, Instituto de ciencias y tecnologías del conocimiento) del Consejo Nacional de Investigación italiano, propone a las administraciones urbanas que cambien el parámetro, que pasen del adulto varón, activo y automovilista al niño y que bajen el punto de vista a la altura de la infancia para no olvidarse de nadie.³ El supuesto en el que se basa el proyecto es sencillo pero revolucionario: cuanto más se adapta la ciudad a los niños mejor viven todos sus habitantes.

El niño, cuando expresa sus exigencias, transmite perfectamente las de todos los ciudadanos a partir de los más débiles, como pueden ser los que sufren algún tipo de discapacidad y los ancianos. Por este motivo, deberíamos convertirlo en el paradigma para una nueva filosofía del gobierno de la ciudad.

El proyecto, al que se adhieren los alcaldes, implica de forma transversal a la administración de la ciudad, porque no se trata de crear más estructuras o servicios para los niños si-

no de cambiar realmente la ciudad. Actualmente forman parte de esta red más de setenta ciudades italianas, algunas ciudades españolas y las grandes urbes argentinas. También Roma se sumó a la iniciativa en el año 2001 y asumió la función de principal representante del proyecto.

“La ciudad de los niños” gira en torno a dos ejes principales: la *autonomía* y la *participación* de los niños.

La autonomía de movimiento: devolver la ciudad a los niños y los niños a la ciudad

La pérdida de autonomía de los niños ha sido probablemente el efecto más llamativo de las transformaciones de los últimos decenios en la vida de las ciudades y ha mermado notablemente sus posibilidades de juego. Devolver la autonomía a los niños será seguramente el mejor camino hacia la recuperación y la vida plena en las ciudades. Cuando los niños puedan ir solos a la escuela y salir a la calle a jugar con los amigos en los espacios públicos, también entonces los abuelos, las personas con discapacidad y los ciudadanos en general podrán vivir de nuevo la experiencia del paseo y del encuentro. Solo cuando los niños puedan salir de casa, encontrarse con otros niños y vivir con ellos las experiencias del juego sin un control directo de los adultos podrán implicarse completamente en ese juego que les conducirá a grandes conquistas. Estas condiciones son las únicas que pueden ayudarnos a vencer la difícil batalla contra la “televisión canguro”, que predispone a los niños a la pereza y a la obesidad y los corrompe transformándolos precozmente en consumidores.

En nuestro proyecto se propone devolver a los niños su autonomía de movimiento mediante la propuesta “A la escuela, vamos solos”, una invitación para que a partir de los seis años vayan a la escuela con sus amigos sin la compañía de ningún adulto. Si devolvemos la ciudad a los niños podrán reencontrar la libertad necesaria para crecer bien, pero si devolvemos los niños a la ciudad la obligamos a hacerse cargo de ellos y a redescubrir aquel talante y aquellas actitudes de cuidado y responsabilidad que hoy parecen haber desaparecido.

La participación de los niños en el gobierno de la ciudad

En “La ciudad de los niños”, su participación se entiende como una verdadera intervención en el gobierno local. Esta participación debe buscarse y desearse, tal como corresponde si hacemos caso del artículo 12 de la Convención de Naciones Unidas sobre los derechos del niño, que afirma que “el niño tiene derecho a expresar su opinión y a ser escuchado cada vez que se tome una decisión que le afecte”. Y puesto que la administración de una ciudad *siempre* toma decisiones que afectan a los niños, hay que encontrar los canales adecuados para poder escuchar su opinión. Nuestra propuesta es crear un *Consejo de los niños* que, sin seguir el modelo de los adultos, colabore con la administración para un mejor gobierno de la ciudad. Para comprender su significado, son sin duda muy ilustrativas las palabras del alcalde de Roma, Walter Veltroni, en el acto de apertura del primer Consejo de los niños de la ciudad: “He querido celebrar este Consejo porque



Fig. 3. Logotipo del proyecto internacional “La ciudad de los niños”. La niña lleva un tirachinas que no utiliza para lanzar piedras sino propuestas, ideas y consejos a su alcalde con la finalidad de mejorar la ciudad.



necesito vuestros consejos y vuestra ayuda, porque los adultos a menudo olvidamos qué significa ser niño. A partir de hoy trabajaremos juntos para cambiar esta ciudad”.

Una segunda forma de participación de los niños es la denominada *Planificación compartida*. Un grupo de niños trabaja con un técnico (por ejemplo, un arquitecto) para proyectar una obra que dispone de un mandato expreso de la administración de la ciudad. El técnico no enseña a los niños a planificar sino que intenta hacer viables sus ideas y propuestas innovadoras y creativas, y el gobernante puede asegurar la realización de la obra gracias a las garantías que su técnico le ofrece. Las obras realizadas a lo largo de estos años en las ciudades que participan en el proyecto han resultado ser más atractivas y originales que las planificadas por los adultos y, además, los habitantes de los barrios donde se han ubicado las han respetado y cuidado mucho más, puesto que eran obra de sus hijos o de los demás niños del barrio.

Pero, ¿tenemos suficiente dinero para llevar a cabo este proyecto?

Kofi Annan, secretario general de Naciones Unidas, cerraba su discurso de apertura de la sesión especial de la ONU para la infancia del 8 de mayo de 2002 en Nueva York con las siguientes palabras: “No podemos fallar, especialmente ahora que sabemos que por cada dólar que invertimos en mejorar las condiciones de la infancia la sociedad obtiene un beneficio de hasta siete dólares”. En un momento de dificultades económicas, quienes disponen de pocos recursos económicos deberían invertirlos en intervenciones a favor de la infancia, que mejorarán las condiciones de vida de todos los ciudadanos, harán más bonitas y seguras nuestras ciudades y prepararán a los niños para una ciudadanía activa y responsable.

Propuestas y experiencias

Entonces, cuando llamamos a los niños a participar en el gobierno de la ciudad, cuando les damos la palabra, escuchamos sus propuestas y nos comprometemos a tenerlas en cuenta, ¿cuáles son los cambios que nos proponen? ¿Cuál es el modelo de ciudad que reclaman? A continuación intentaremos describir la ciudad de los niños a través de algunas de sus peticiones, expresadas durante las diferentes experiencias de participación infantil en el gobierno de la ciudad, sobre la necesidad de mayor autonomía de movimiento y de poder jugar en libertad.

“Queremos que esta ciudad nos deje salir de casa”

La condición imprescindible para que el juego infantil pueda existir es que los niños puedan salir de casa sin que sus padres les acompañen. El Consejo de los niños de Roma⁴ dedicó un año entero de trabajo a este problema, y en la reunión final de junio de 2002, que, como de costumbre, se celebró con el pleno y el consejo municipales, Federico, un consejero de 11 años, resumió todo el trabajo realizado con esta petición: “Queremos que esta ciudad nos deje salir de casa”. Se trata sin duda de una propuesta sorprendente, ya que cualquier niño sabe que obtener el permiso para poder salir solo de casa es algo que depende exclusivamente de sus padres. Sin embargo, Federico sabía muy bien que si, en general, los padres no dejan salir a sus hijos de casa es “porque la ciudad no lo permite”, así que se dirige al alcalde y le dice: “¡Dame tú permiso para salir de casa!” Desde entonces, la petición de Federico se ha convertido en un programa de trabajo para la ciudad de Roma que se pregunta sobre qué es lo que puede hacer para aumentar la autonomía de los niños en una ciudad tan grande y compleja. Se trata sin duda de un pro-



Fig. 4. El Consejo de los niños. Los niños discuten entre ellos para preparar las propuestas y los consejos para el alcalde y, una o dos veces por año, se encuentran con él para comunicárselas.

blema importante porque está directamente relacionado con uno de los temas más candentes en el debate actual y, seguramente, futuro, sobre nuestras ciudades: el problema de la seguridad ciudadana.

La propuesta habitual para resolver este problema es el aumento de los mecanismos de defensa, ya sean particulares (puertas blindadas, armas de defensa personal, etc.), públicos o sociales (desde más policía hasta cámaras en las calles), aunque todos ellos se han mostrado hasta ahora ineficaces. El ejemplo paradigmático de esta situación es el de los Estados Unidos, el país donde más se invierte en seguridad y que, no obstante, es también uno de los más inseguros.⁵ Quienes



Fig. 5. Los niños defienden sus derechos. A menudo se les pide que conozcan y respeten únicamente sus deberes. Si embargo, si además les hacemos conscientes de sus derechos y les damos los instrumentos para defenderlos, favoreceremos un fuerte sentimiento de ciudadanía y de responsabilidad. Aquí podemos ver a los niños sancionando con una multa moral un automóvil estacionado en un lugar destinado a los peatones.

sí lo tuvieron claro fueron los habitantes de algunos distritos de la Gran Buenos Aires, el extrarradio de 8.000.000 de habitantes que rodea la capital argentina. Hartos de la violencia y de los atracos de que eran víctimas sus hijos, decidieron reaccionar: no lo hicieron como hubiera sido de esperar, es decir, pidiendo un mayor control policial, sino mediante una mayor participación de los habitantes de los barrios para así garantizar la seguridad de los niños en sus recorridos de casa a la escuela y viceversa, según las indicaciones de nuestro proyecto "La ciudad de los niños".⁶ Participaron en el proyecto tenderos y comerciantes en general, así como ancianos y no tan ancianos del barrio, con el objetivo de crear una vigilancia social en los recorridos de los niños. En un encuentro de julio de 2005, el responsable de la seguridad de la ciudad de Buenos Aires afirmó que, durante los tres años de esa experiencia, que hoy se ha extendido también a la capital federal, los actos delictivos contra niños habían disminuido en un 50%. La iniciativa "A la escuela, vamos solos" en Argentina es la misma que se está llevando a cabo con éxito en muchas ciudades italianas desde hace ya diez años y que recientemente se está experimentando también en Roma. Estas experiencias demuestran que los niños en la calle hacen segura la calle. Los niños que van a la escuela o que juegan con sus amigos aglutinan alrededor de ellos la preocupación y la solidaridad de los vecinos y adultos en general que, solo aparentemente, había desaparecido de nuestras ciudades. Es evidente que si todo el mundo acompaña a sus propios hijos a la escuela y los ancianos y las personas con discapacidad permanecen encerrados en casa, todo se reduce a la dimensión privada y nadie debe hacerse cargo de los demás. Si los niños regresan a las calles, se construye un nuevo vecindario que protege y da seguridad.

COMUNE DI ROMA
Laboratorio Roma la città dei bambini

BELL' ESEMPIO!

lei ha parcheggiato in uno spazio riservato ai pedoni ...
e io dove passo?

nome

un... bambin... di anni

Assessorato alle Politiche di Promozione dell'Infanzia e della Famiglia

Assessorato alle Politiche della Sicurezza
Corpo della Polizia Municipale
Comando

Ho fatto la multa n° il giorno

In via/piazza

Moto Automobile

Targa

Fig. 6. La multa moral. Los niños escriben su nombre y su edad en la multa, en la que también aparece escrito lo siguiente: "¡Vaya ejemplo! Usted ha aparcado en un lugar reservado a los peatones... ¿Por dónde voy a pasar?". La multa se sujeta con el limpiaparabrisas a los vehículos aparcados en las aceras o en los pasos cebra.

Cuando los niños van a la escuela solos son más puntuales que cuando los acompañan los adultos. Esto significa que son capaces, ya desde pequeños, de hacerse cargo de la organización de su tiempo y de las operaciones necesarias para ir a la escuela. Y cuando los niños vayan solos a la escuela también podrán ir solos a jugar con los amigos, a la clase de danza o de guitarra y a comprar a la tienda de al lado.

Pero, para que los niños puedan tener *permiso para salir solos*, las ciudades deben adoptar medidas adecuadas con la finalidad de pasar de una política a favor del tráfico de los automóviles a una política en pro de la movilidad de peatones y bicicletas. Es decir, hay que cuidar las aceras, que son las calles de los niños, hacerlas más anchas y mantenerlas más limpias, despejadas y en buen estado. Asimismo, es necesario crear pasos de peatones seguros (si es posible, a la misma altura que las aceras) y hacer respetar la preferencia peatonal en los pasos cebra. Otros aspectos importantes son los siguientes: la creación de "calles residenciales" según la normativa europea, es decir, calles abiertas a un uso compartido por parte de los peatones, los niños que juegan y los automóviles (que no pueden circular a más de 15 km/h en ellas); la reducción de los carriles de circulación, especialmente en la periferia de las ciudades; el aumento de las zonas verdes y la defensa del pequeño comercio, que contribuye a mantener una calle más bonita y controlada, ante la prepotencia de los grandes centros comerciales.

Un espacio público para jugar

La segunda condición necesaria para poder jugar, una vez que ya es posible salir de casa sin el control de los adultos y se dispone de suficiente tiempo libre, es que existan lugares donde poder ir. Ya hemos apuntado que los pequeños parques destinados al juego no siempre son lugares adecuados para una actividad tan importante como es el juego. Para jugar, los niños necesitan un espacio que crezca con sus capacidades, su autonomía y su competencia, un espacio que sepa acompañar su desarrollo y ofrecerles nuevas experiencias, descubrimientos y, en general, un enriquecimiento. Lo que los niños necesitan para crecer y para jugar es ni más ni menos que la ciudad.

Los miembros del Consejo de los niños de Roma descubrieron que en el reglamento de la policía municipal de su ciudad había un artículo, el número 6, que decía lo siguiente:

"Queda *prohibido* cualquier tipo de juego en espacios públicos", mientras que el artículo número 31 de la Convención sobre los derechos del niño de 1989 (ley italiana de 1991) afirma que "los niños tienen el derecho de dedicarse a jugar". Por este motivo, escribieron al alcalde para comunicarle que el reglamento estaba equivocado y que tenía que cambiarlo. El alcalde reconoció el error y, después de un año de trabajo, el artículo 6 se modificó y ahora dice: "El Ayuntamiento, de conformidad con el artículo 31 de la Convención sobre los derechos del niño, *favorece* el juego de niños y niñas en las zonas de uso público".

Después de esta victoria, los niños del Consejo dieron otro paso hacia adelante y escribieron una carta a las asambleas de vecinos de toda la ciudad invitándolas a revisar los reglamentos vecinales, que a menudo limitaban o prohibían jugar a los niños en determinados espacios. El alcalde se declaró también a favor de esta segunda petición. La protesta de los niños romanos podría tener importantes consecuencias: hacer desaparecer de los espacios públicos de la ciudad los carteles de prohibido jugar y abrir un debate en toda la ciudad sobre el derecho de los niños a jugar en los espacios comunes de sus casas y de las propiedades vecinales. En la misma línea que Roma, otras ciudades italianas están comprobando la conformidad de sus reglamentos con la Convención sobre los derechos del niño y, si es necesario, los adaptan a las nuevas leyes (¡al cabo de 15 años!).

Para que los niños puedan ejercitar su derecho a jugar, las ciudades deben cambiar, renunciar a algunas características estructurales y a algunos comportamientos que hacen imposible esta experiencia fundamental para un crecimiento correcto de los ciudadanos más pequeños. En primer lugar, hay que devolver a los ciudadanos el espacio público, lo que significa que las aceras, las calles, las plazas y los parques no pueden estar en manos de los automóviles que los ocupan o los transitan, y que los espacios no pueden estar separados y especializados porque si son "para niños" o "para abuelos" dejan de ser "públicos". El espacio debe estar abierto a las necesidades y a las oportunidades de todos los ciudadanos y, especialmente, a las de los más pequeños y débiles. En el espacio público no puede estar prohibido jugar. El espacio público debe estar "cerca" de casa de los niños y todavía más en el caso de los más pequeños, de forma que puedan salir para jugar.



Figs. 7 y 8. Después de haber conseguido la modificación del artículo 6 del reglamento de la policía municipal, el Consejo de los niños organizó una sentada en una plaza de la ciudad para ocupar los espacios públicos y poder jugar libremente. La experiencia fue un gran éxito, ante la sorpresa y el agrado del resto de los ciudadanos.

Conclusiones

Es interesante advertir que la ciudad que quieren los niños es prácticamente idéntica a la que preconizan los ambientalistas y los investigadores de diferentes disciplinas, como la sociología, la psicología, la arquitectura, el urbanismo o la pediatría e incluso la que defienden los juristas. Es necesario entender que los niños, para conseguir una ciudad en la que sea posible jugar y puedan ejercer su oficio de niños, necesitan que sea segura, limpia, bonita y sana. Para jugar, necesitan la ciudad que todos nosotros necesitamos para vivir bien y para materializar nuestros proyectos y nuestros deseos.

Cuando la ciudad olvida a los niños, olvida a todos sus ciudadanos y también se olvida a sí misma, pero si recupera la relación con los niños, si les da tiempo y espacio para jugar, si les concede la palabra, les escucha y tiene en cuenta sus ideas, tal vez pueda salvarse.

En el Vesubio, el volcán de Nápoles, nace un líquen, el *Stereocaulon vesuvianum*, que puede colonizar la roca volcánica extremadamente dura que cubre las pendientes de la montaña después de una erupción. Este vegetal consigue penetrar en la lava solidificada, hacerla añicos y transformarla lentamente en un terreno fértil donde podrán crecer las vides que producen los apreciados vinos del Vesubio. Los niños pueden ser también los líquenes de nuestras ciudades: con su presencia y sus juegos invadiendo los espacios públicos son capaces de modificar los comportamientos de los adultos y obligarnos a respetar más el entorno en el que vivimos y en el que vivirán nuestros hijos y nuestros nietos. □



Fig. 9. Los niños en la calle hacen segura la calle. Los niños pueden ayudarnos a mejorar las ciudades.

Francesco Tonucci

Miembro del ISTC (Istituto di Scienze e Tecnologie della Cognizione)
CNR (Consiglio Nazionale delle Ricerche)
Responsable del proyecto internacional "La ciudad de los niños"

Traducción: Francesc Massana

Notas

- Mumford, L., "La pianificazione per le diverse fasi della vita", en *Urbanistica*, 1, 1945.
- Mumford llama a los hospitales "Los almacenes de las enfermedades" (Mumford, 1945).
- Para conocer mejor las motivaciones, las propuestas y las experiencias del proyecto, se pueden consultar las siguientes obras: Tonucci, F., *La ciudad de los niños*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997; *Cuando los niños dicen ¡Basta!*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003; asimismo, está a disposición en el sitio web www.lacittadeibambini.org, en versión italiana, española e inglesa.
- En Roma se ha creado un Consejo de los niños formado por un niño y una niña, respectivamente de cuarto y quinto de primaria (9-10 años), de una escuela de cada uno de los 19 distritos. Los consejeros son nombrados por sorteo y permanecen en el cargo durante dos años. El Consejo se reúne una vez al mes, en horario de clase, durante toda la mañana. Dos veces al año, el Consejo de los niños mantiene una reunión con el alcalde y con el pleno municipal.
- El terrible atentado del 11 de septiembre provocó 3.000 víctimas. Ese mismo año murieron en Estados Unidos 30.000 personas por causas derivadas del uso de armas de fuego (fuente: Mann, M., *Incoherent Empire*, Londres, Verso Books, 2003).
- Clarín, el periódico argentino de más difusión, ha dedicado a esta iniciativa varios artículos. El 16 de julio de 2003, en un artículo titulado "La gente se une para cuidar a los chicos camino al colegio", se hace una referencia explícita al proyecto "La ciudad de los niños" y se valora la importante disminución de los actos delictivos después de que el vecindario, los comerciantes y los abuelos se movilizaran para garantizar la seguridad a los niños que van a la escuela en los distritos de Burzaco, Adrogué, Rafael Calzada, Martínez y Villa Adelina.

Bibliografía

- Bauman, Z., *The individualized society*, Cambridge, Polity Press, 2001.
- Blakely, K. S., "Parents conceptions of social dangers to children in the urban environment", *Children's Environments*, 11, 1994, pp. 16-25.
- Bruner, J. S., "Nature and uses of immaturity", en J. S. Bruner, A. Jolly, K. Silva (eds.), *Play. Its role in development and evolution*, Nueva York, Basic Books, 1976.
- Chawla, L., *Growing up in an urbanizing world*, París/Londres, Unesco Publishing/Earthscan, 2001.
- Germanos, D., "La relation de l'enfant à l'espace urbain: perspectives éducatives et culturelles", *Architecture & Comportement*, 2, 1995, 54-63.
- Hart, R., *Children's Participation: The Theory and Practice of Involving Young Citizens in Community Development and Environmental Care*, Londres, Earthscan Publication Limited, 1997.
- Hillman, M. (ed.), *Children, transport and the quality of life*, Londres, Policy Studies Institute, 1993.
- Lynch, K., "The Spatial World of the child", en W. Michelson, S.V. Levine, E. Michelson (eds.), *The child in the city: Today and tomorrow*, Toronto, University of Toronto Press, 1979.
- Mann, M., *Incoherent empire*, London, Verso Books, 2003.
- Mumford, L., "La pianificazione per le diverse fasi della vita", *Urbanistica*, 1, 1945, 7-11.
- Piaget, J., *La formation du symbole chez l'enfant*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1945.
- Rissotto, A., Tonucci, F., "Freedom of Movement and Environmental Knowledge in Elementary School Children", *Journal of Environmental Psychology*, 22, 2002, 65-77.
- Sutton-Smith, B., *The ambiguity of play*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Taylor, A. F., Wiley, A., Kuo, F. E., Sullivan, W. C., "Growing up in the Inner City: Green Spaces as Places to Grow", *Environment and Behavior*, 30, 1998, 3-27.
- Tonucci, F., *La città dei bambini*, Bari, Laterza, 1996. Traducción: *La ciudad de los niños*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997. Traducción: *La ciutat dels infants*, Barcelona, Barcanova, 1997.
- Tonucci, F., *Se i bambini dicono: adesso basta!*, Bari, Laterza, 2002. Traducción: *Cuando los niños dicen ¡Basta!*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. Traducción: *Quan els infants diuen prou!*, Barcelona, Graó, 2004.
- Tonucci, F., Rissotto, A., "Why Do We Need Children's Participation? The Importance of Children's Participation in Changing The City", *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 11, 2001, 407-419.
- Vygotsky, L.S., "Play and its role in the mental development of the child", *Soviet Psychology*, 12, VI, 1966.

